

del Norte, ó ya forjado en los castillos feudales, adherido casi á la naturaleza como el feto al vientre á causa de la barbarie de aquellos tiempos; supersticioso y fanático por la complejión de su inteligencia; duro y cruel por la complejión de su voluntad; ú opresor ú oprimido, siervo ó señor, mostróle claramente en la dulce persona de Cristo en su mansedumbre, en su humildad, en su resignación, en su amor al género humano, aquellos manantiales de virtudes, resumidas todas en la más cristiana, en la caridad, en la cual debía ablandar hasta los corazones de piedra, y encender hasta las frías tinieblas de aquella triste noche. Y si mostró al hombre el tipo de Cristo, mostróle á la mujer el santo tipo de la Madre, que conserva la pureza y la inocencia de la virginidad, y la hizo el ideal de la misericordia, interpuesto entre los pecados de la tierra y la justicia del cielo para desarmar la cólera divina. Al són del órgano, bajo las bóvedas de las catedrales, en las místicas fiestas eclesiásticas; cuando la luz descendía del ojival rosetón, reverberada por los cristales de colores, y el aromático incienso se disipaba por los aires, oíanse exhaladas por las voces purísimas en coro, aquellas letanías inacabables, cuyas cadencias daban á la naturaleza femenil todos los epítetos más tiernos, sin mezcla ninguna de sensuales pasiones, todos los epítetos con que el niño en su inocencia, el mozo en sus amores, el guerrero en sus heridas, el trabajador en sus faenas, el navegante en sus zozobras, el poeta en sus inspiraciones, han aclamado á la mujer, rosa mística, estrella vespertina; causa de toda alegría, consuelo de todo dolor, amante, esposa, madre, siempre la nota dulce y melodiosa en el torbellino de nuestras pasiones, el consuelo en la angustia de nuestras penas, la lágrima caída sobre nuestras frentes, que descomponiendo en suaves matices la luz de lo infinito, ciñe á nuestras sienas como una mística aureola. Y si el tipo de Cristo fundaba la moralidad individual con las enseñanzas de su vida y de su muerte, el tipo de María fundaba la moral doméstica, convirtiendo el hogar de familia en el resplandeciente santuario de toda pureza. Y luego aquellos Mandamientos de la Ley de Dios, promulgados en las cumbres del Sinaí; y aquellas palabras del Sermón de la montaña dichos en los desiertos de Palestina; y aquellos apotegmas evangélicos que prestaban alas místicas á los pensamientos de la filosofía y de la ciencia; toda aquella vida del espíritu pasó por medio de la organización eclesiástica, por virtud del poder espiritual, á los fueros, á las leyes, á las instituciones, destruyendo la autoridad tiránica del *pater familias* romano; levantando la maternidad á sus verdaderos derechos, convirtiendo al siervo del terruño en hijo y hasta en sacerdote de Cristo, con todo lo cual establecía y arraigaba la moral colectiva.

Reconozcamos, pues, la obra del catolicismo; reconozcamos que habiendo tenido su doctrina monoteísta tres rivales en el mundo la Sinagoga judía, la Aljama árabe, la Basílica griega, ninguna pudo competir con ella, no como ella fundar la civilización más culta y más duradera de la tierra, gloria y honor de los dos grandes y luminosos continentes de la libertad y de la inteligencia que se llaman Europa y América. Nadie puede ganarnos en hacer

justicia á ideas que han sido como la eterna levadura de nuestra vida y como el alma inmortal de nuestra alma, pero digámoslo en pureza. Así como nadie ha encontrado los límites y las fronteras del espacio infinito, ni el telescopio, esa segunda vista del hombre, ni el pensamiento, esa reverberación de Dios en el alma; nadie ha visto tampoco el término de las sucesivas evoluciones de la Historia. Cuando parece que más se conforman las sociedades con ciertas instituciones; cuando parece que más los entendimientos con ciertas creencias se conforman; cuando parecen los cielos del humano espíritu más tranquilos ¡ah! centellea una evolución, que ha venido sordamente preparándose por una serie de hechos, apenas perceptible, y sistemática y enlazada como una serie de ideas científicas. Vista esta enseñanza, no podemos menos de decir que el movimiento es eterno, que es eterna la revolución, y que, si las transformaciones cosmológicas no tienen número, tampoco lo tienen las transformaciones humanas, las cuales se dilatarán y extenderán hasta donde se dilate y extienda nuestra misma naturaleza. Estos planetas tan apagados cuerpos opacos que reciben del sol su lumbré, brillaron allá en otras edades geológicas, cual brilla nuestro sol ahora, con propios resplandores. Hoy mismo llevamos en las entrañas de esta tierra fría un Océano incandescente, oculto por la corteza helada, que en comparación del diámetro de la tierra ni siquiera representa lo que representan las películas en los frutos. Imagináo cuántas revoluciones habrá exigido no más el paso de las rocas donde no se encuentran organismos ni vegetales ni animales, por lo cual las ha llamado la ciencia moderna faltas de vida ó azodias; á las rocas llenas de fósiles, petrificaciones innumerables de antiguas y vividoras especies. El fuego destructor puede considerarse como el arquitecto de este gran templo que se denomina la tierra, y el agua, que ahonda los valles, que abre las estrías, que dibuja las laderas, como el misterioso escultor. Mas ¡qué serie de movimientos, qué número de revoluciones, cuántas catástrofes para llegar á esta tierra habitable por el humano espíritu! A los ojos del geólogo aparece cada monte con un túmulo, cada planicie como un cementerio, cada meseta como una aglomeración de sobrepuestos sepulcros; porque en la tierra entera reina con una grande tiranía la muerte, destructora y generadora también de la vida. ¿Cuántas revoluciones para subir desde las criptógamas primitivas á los cedros del Líbano y á las rosas de Jericó: para subir desde los infusorios perdidos en las gotas de agua á los rulseñores que llevan ya el arpa del arte en su garganta y el presentimiento del espíritu en sus nervios; para subir desde el molusco, todo estómago, al humano cerebro, todo espíritu? La materia, desde el átomo imperceptible hasta los huesos del cráneo; desde la estela en las ondas hasta la masa encefálica, ha necesitado pasar por innumerables revoluciones, que apenas puede medir el tiempo eterno y apenas comprender el infinito pensamiento. Pues si esto ha sucedido en la materia, imaginaos lo que habrá sucedido en la sociedad. Los grandes hombres, á los cuales prestan culto los siglos, resultan grandes personificaciones, cada uno de ellos de su respectiva revolución. No hay creencia religiosa,

ni teología preponderante, ni sistema alguno que no cuente con su respectiva revolución en su seno. Tendrán los unos á Confucio y tendrán los otros á Buda; entrará en el rudimentario mazdeísmo antiguo Zoroastro y en la instintiva Religión del patriarca nómada Moisés, cada cual con su doctrina más adelantada y madura; verá el politeísmo helénico un Homero que representa, además de una revolución literaria, una revolución artística, y verá el politeísmo romano un Virgilio, con tendencias á innovaciones religiosas también; engendrará el judaísmo al Bautista y al Cristo; ¿por qué ha de extrañarnos, pues, que engendre el Cristianismo, tal como lo organizaran y lo sistematizaran sus grandes pensadores, desde San Pablo hasta Gregorio VII, sus innovaciones también, representadas por Francisco de Asís, por Savonarola, por todos los grandes oráculos de la democracia religiosa? Nadie puede contrastar el empuje de las sociedades humanas hacia adelante; nadie impedir el progresivo crecimiento de la humanidad; nadie detener las fases del espíritu; nadie ahogar las transformaciones sociales. Por consiguiente, no se podía impedir que así como el politeísmo engendra en sus catacumbas la idea católica, esta idea católica en su movimiento progresivo, engendrará paulatinamente á su vez, una nueva evolución de todo punto inevitable, dadas las leyes que rigen así á los mundos como á las almas. Las grandes instituciones se hallan condenadas á engendrar hijos á quienes aborrecen y maldicen. El Egipto engendró á la Sinagoga y la maldijo: la Sinagoga engendró á la Iglesia y la maldijo: la Iglesia engendró la democracia y la maldijo también. Pero el historiador filósofo, elevándose con vuelo raudo sobre todas las pasiones, debe estudiar estos hechos universales, cuyo empuje determina cambios en la dirección social, y genera nuevos pueblos, y anima nuevas artes, y funda nuevas civilizaciones, como un resultado de fuerzas muy superiores al radio que puede tener y á la virtud que puede alcanzar la voluntad individual.

No es el historiador, estudiándolos y refiriéndolos quien ha producido estos cambios, como no es el geólogo quien ha dejado las grandes petrificaciones en el planeta. No es culpa nuestra que mientras desde el siglo cuarto al siglo décimo-tercio todas las fuerzas sociales se conjuran para producir el Pontificado y organizarlo desde el siglo décimo-tercio al siglo décimo-sexto todas las fuerzas sociales se conjuran para desorganizarlo y destruirlo. La ruina del Imperio romano le sirve, la irrupción de los bárbaros le fortifica, el establecimiento de Constantinopla le auxilia, la venida de los órdenes monásticas lo prospera, la fundación del régimen carolingio lo robustece mucho, el poder temporal laico lo defiende, el celibato monástico y eclesiástico lo salva, los cruzados lo amplían, y la Historia de cuatrocientos años le dan grandioso pedestal formado en mucha parte con las antiguas ruinas. Y cuando ha llegado á esta grandeza y parece que va en ella á quedarse con Inocencio III; la duda centellea en las escuelas, el pensamiento libre surge en el seno de la misma teología, las doctrinas heréticas tienen reyes que han peleado en las Navas de Tolosa, para luchar y morir por ellas; la ironía más acerba entra en el seno de las artes más pias

dosas; la pintura y la escultura se vuelven hacia los modelos paganos; las mismas Universidades pontificias se erigen como rivales de los monasterios; brota el cisma en Oriente y en Occidente; excomúlganse entre sí tres ó cuatro Papas á un mismo tiempo nombrados, como aquellos Emperadores romanos de la decadencia; hablan las Asambleas revolucionarias que, llamándose Concilios ecuménicos, buscan una Iglesia nueva en la antigua Iglesia; los laicos piden la comunión bajo las dos especies como los sacerdotes; la conciencia humana se hincha de savia primaveral, y las tierras europeas se desgarran como unas entrañas que paren: he ahí la revolución. Esta revolución seguirá y obedecerá á las leyes sociales, teniendo una reacción promovida por San Ignacio de Loyola, sustentada por la orden de los jesuitas, que tenderá á destruir el criterio del pensamiento libre en las ciencias filosóficas, el criterio de la observación y de la experiencia en las ciencias naturales, la secularización del Estado en la política, la obra del Renacimiento en las Artes, la reforma en la Religión, fundando así un ultramontanismo de tal suerte exagerado y violento que muchas veces ha debido encontrar grandes oposiciones en el seno mismo de la Iglesia y en la persona misma del Pontífice. Cuando se estudia profundamente la revolución religiosa, y se ve que ha tenido como todas las revoluciones su preparación, su estallido, su combate, su retroceso y luego sus soluciones, persuádese el ánimo más embargado por la superstición de que es uno de esos grandes movimientos sociales, que á toda vida atañen, y con los que deben contar filósofos, sabios, políticos, historiadores, artistas, cuantos cooperan á formar una sociedad, si no quieren levantar sus obras en el aire y quedarse fuera del espíritu de su siglo.

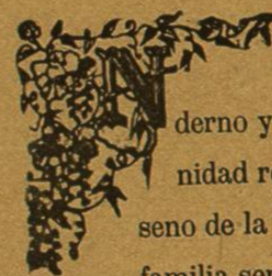
Pues si esto sucedió hace siglos con las instituciones tradicionales religiosas, imagínalo lo que habrá pasado en nuestro siglo con las instituciones políticas. En filosofía las varias manifestaciones del humano espíritu se diversifican, y, al mismo tiempo, se ordenan, como sucede con las especies en ciencias naturales. Aquí tenéis la familia y toda la legislación á ella referente; ahí tenéis el arte y las obras artísticas en sus estirpes varias; allí la religión y su sistema de dogmas, como la disciplina y un sistema de cánones; allá la ciencia con sus magníficas Universidades; más allá el Estado con sus indispensables organismos. Una ciudad moderna os dará, con sólo á vista de pájaro mirada, idea muy aproximada seguramente á estas determinaciones y clasificaciones de la ciencia. Las clases representan la familia; los talleres y fábricas el trabajo en su aspecto industrial; esos Museos y teatros disseminados por doquier, las artes, el templo, con sus místicas cúspides y sus aéreas torres, la Religión; los gimnasios, escuelas, academias, universidades, la ciencia; el palacio, donde residen los Cuerpos Colegisladores, y el palacio, donde residen Reyes y presidentes, el Estado; la máquina preparada en la estación del ferrocarril, ó la nave alzando el ancla y tendiendo las velas, el comercio; todo ello la cristalización del espíritu humano en objetos diversos, á cuyo vario y animado conjunto se conoce con el nombre de sociedades huma-

nas. Pues bien: á la narración filosófica y crítica de todas las fases tomadas por todas estas manifestaciones del humano espíritu en el período de los últimos cien años, le llamamos Historia del siglo XIX. Ya sabemos que no se producen las ideas y las cosas con aquella regularidad que las ordena, tanto en los sistemas científicos, como en las poblaciones modernas. Ya sabemos que, mientras unas veces las obras del Arte predominan sobre los productos de la Industria, otras veces, la política predomina sobre todo. Ya sabemos que hay lustros de grandes artistas, como hay lustros de grandes filósofos. Unas veces, la Metafísica; cuál, desde que nació Kant á la vida científica en el siglo pasado hasta que murió Hegel en este nuestro siglo, lo llena todo; otras veces lo llena todo la Economía, cuál, desde que Cobden y Brighth comenzaron la más activa campaña contra las leyes prohibitivas de Inglaterra, hasta que concluyeron, por medio de Chevalier y de Bonaparte, su pacto comercial con Francia. En ciertos periodos, una propensión absorbe todas las otras, como la propensión guerrera en los tiempos ciclópeos del horrible conflicto entre Alemania y Francia. Un hombre levantado, como Lavater, por ejemplo, en la vida de esta generación, disminuye mucho durante la vida de una generación subsiguiente. Imposible hacerle comprender á quien escoge por favorita lectura en sus esparcimientos y recreos la *Nana* de Zola, el poético, y si queréis, enfático, pero bello lenguaje de la célebre *Atala*, mostrando su fé católica por medio tan sumamente anticatólico cual un suicidio, allí donde la vida se torna tan intensa y exuberante como en los bosques vírgenes del Nuevo Mundo. Imposible que comprenda la enfermedad terrible de Werther, ó la duda enfermiza de Byron, el hombre acostumbrado á bañarse, como en éther, en la fe viva que Lamartine consagró á Dios, ó Victor Hugo al hombre. ¡Cuánta distancia del clasicismo académico, con que David se holgaba y que creía ortodoxia del Arte, al romanticismo del gran Delacroix, trastornado, como al asalto de una borrachera divina y sublime, al contacto de la orgía de colores que llevaba en su retinal! Existen diferencias grandiosísimas entre unas y otras obras de arte, y entre unos y otros aspectos de la ciencia, y entre unos y otros temas de la misma religión, por no hablar de la política tan sujeta de suyo á fases múltiples y varias; pero en tres lustros, de seguro se desarrollan dentro de los pueblos civilizados todas las propensiones fundamentales del espíritu moderno. Seguid las fases de este espíritu, por lustros, en un período de cien años, y habréis seguido, sin quererlo, y sin advertirlo quizás, la Historia del siglo en todo su desarrollo; Historia reveladora, que os iniciará en la inteligencia de lo pasado, en el estudio de lo presente y en las previsiones de lo porvenir.



CAPITULO SEGUNDO

Trascendencia de los tiempos antiguos á la edad nuestra.



NINGUNA sociedad aparece aislada en el espacio y ningún siglo aparece aislado en el tiempo. Dificilmente comprenderías el pueblo más moderno y más complicado y en permanente continuación, que hasta una perennidad relativa llega, si no estudiárais los instintos sociales encerrados en el seno de la naturaleza humana. ¿Qué sociedad sería posible sin la familia y qué familia sería posible sin la primera atracción de amor, cuyas afinidades juntan unos individuos con otros individuos y los asocian bajo el mismo lecho á la vez y los reúnen sin esfuerzo en asociación rudimentaria, para desde allí elevarles á la sociedad mayor, que concluye siempre por constituir un Estado? Hasta en los mismos animales ha de relacionarse por fuerza la existencia de una sociedad humana, no sólo por todo cuanto son relaciones como cuerpos en el espacio y como visibles organismos en la vida orgánica, por el ejemplo de asociación anterior á la nuestra dada por el enjambre, por las bandadas, por el rebaño, por las asociaciones de los seres que nos han precedido en el escenario de la Naturaleza y que se han adelantado á nosotros en las manifestaciones y en el ejercicio de ciertos instintos naturales, que parecen sin trascendencia de ningún género á nuestra vida y que sin embargo nos han precedido en el tiempo y nos han mostrado en su viva enseñanza cómo se compone y se forma y se anima y se robustece una sociedad. No se puede, no, estudiar la familia sin subir el período del matriarcado, y desde el matriarcado al período del hectarismo, y desde el hectarismo al período de los patriarcas, cual no